

# TODA UNA VIDA

(L.I.)

Margarita la pusieron sus padres, pero a diferencia de la flor ella no se movía con el aire, ni se mojaba con la lluvia, ni disfrutaba la luz del sol. Su lugar estaba ocupado por muchas normas y prohibiciones que por su bien sus padres la dictaron: estudio, piano, canto, idiomas, no exponerse al sol para no sufrir insolaciones, no correr ni montar en bicicleta para evitar las caídas, no bañarse para evitar los cortes de digestión y ahogamientos... Tan solo se la daba licencia a la pobre niña en una cosa: la alimentación - para estar fuerte hay que comer Margarita - la repetía una y otra vez su mamá; y la niña sin ser especialmente glotona ni caprichosa, por sentimiento de libertad, liberación o quien sabe qué empezó a comer y a comer.

Margarita llegó al instituto: era ciertamente una joven brillante, inteligente y aplicada, pero sobre todo y ante todo luminosa, resplandeciendo por su buena voluntad e intenciones. Sin embargo, precisamente por su ánimo, una envidia desatada hacia alguien vulnerable que merecía la pena se apoderó de sus compañeras, las cuales la hacían el vacío y llamaban rellenita sin miramientos. Margarita empezó a sentirse mal, combatiendo su malestar con la comida: se lo comentó de soslayo a sus padres, pero estos, pensando que eran tonterías de adolescente no la escucharon repitiéndola una y otra vez que estudiara, lo único al parecer importante. Mientras, Margarita besaba los vientos por un joven de ojos verdes cuya proximidad sus pérfidas compañeras no paraban de evitar, y éste, sin darse cuenta de la intención de atormentar a la muchacha las siguió la corriente, y Margarita se fue apagando poco a poco hasta enfermar. Todo un año estuvo convaleciente la pobre niña, aislada por la incomprensión de unos padres que no podían entender lo que le pasaba a su hija, llegando a la conclusión habitual cuando algo no se entiende o te desborda de que no estaba bien de la cabeza, ¡como si alguien en su sano juicio lo estuviera!

Margarita sacó fuerzas de su flaqueza. Inspirada en la vida de algunas de las grandes personas que había arrojado la humanidad, empezó a aprender a vivir y tiró para adelante, pues en todas ellas lo realmente significativo no eran sus logros sino como habían vencido la adversidad, y con el ánimo y ejemplo de sus maestros entró en la universidad. Sus padres querían que estudiara medicina, pero ella veía a los médicos como personas distantes y autoritarias que le recordaban en cierta manera a su madre, así que eligió la carrera de enfermería por entender que así estaría cerca de las personas necesitadas, personas que a diferencia de como ella se sintió, no se encontrarían abandonadas jamás; y entró, ¡para no hacerlo con la segunda mejor nota de toda la selectividad! Mintió a sus padres explicándoles que medicina era inaccesible para ella y su madre, pensando que era una mujer voluntariosa pero no excesivamente dotada, aceptó en el consuelo de que podría casarse con un doctor.

Margarita empezó a sonreír a la vida, por vez primera en mucho tiempo reía y disfrutaba de su existencia. Las clases absorbían su atención y le maravillaba el planteamiento vital de algunos de sus profesores, los cuales no parecían tomarse nada en serio, pero siempre estaban al pie del cañón en lo importante. Margarita consolidó aquí el planteamiento más importante de su vida: lo fundamental no es lo que te pasa sino como te lo tomas, y empezó a moderar el consumo de nutrientes.

Margarita terminó la carrera y se enamoró: se enamoró de la vida, de las personas con sus claros y oscuros; así que no es de extrañar que en cuanto pidieron voluntari@s para el Tercer Mundo ella fuera de las primeras en inscribirse. Allí vivió, trabajó codo con codo con los médicos, a los que comprendió y apreció, y paladeó cada sonrisa y agradecimiento de los enfermos hasta morir, pues fue allí donde yació rodeada de los suyos, contenta de haber vivido como lo hizo.